



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 1999, César Vidal

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-190-6

Depósito legal: M-42.704-2016

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: julio de 2017

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega  
y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La  
leyenda  
de Al-Qit

César Vidal

loqueleg

## Elenco de personajes

ABRAHAM	Médico judío.	5
AL-QIT	Sobrenombre dado por los sarracenos al caballero cruzado Martin de Vladic.	
BEATRIZ DE VILLEROYAL	Dama del séquito regio.	
DICK DE BEAUMONT	Hijo segundo del noble William de Beaumont. Protagonista de esta novela.	
DUQUE DE SUABIA	Hijo menor de Federico Barbarroja.	
EDWARD DE BEAUMONT	Hijo de William de Beaumont y hermano de Dick.	
ELEANOR	Madre de Dick de Beaumont.	

- FEDERICO BARBARROJA Emperador de Alemania  
y monarca partícipe en  
la tercera cruzada.
- JOHN DE GILLES Caballero cruzado.
- KONRAD Siervo de Martin de Vladic.
- MARION DE BLACKSTONE Caballero cruzado, amigo  
de Edward de Beaumont.
- RICARDO CORAZÓN DE LEÓN Rey de Inglaterra y uno de  
los monarcas participantes  
en la tercera cruzada.
- RODERICK Monje.
- SALADINO Caudillo musulmán.
- SHARIF Esclavo de Marion  
de Blackstone.
- WILLIAM DE BEAUMONT Noble normando.  
Padre de Edward y  
Dick de Beaumont.
- YUSUF Sirviente negro  
de Abraham.

*Acabo de mirar por la ventana calada en el frío muro de piedra y no he podido evitar un respingo al comprobar que el tiempo continúa siendo espantoso. Desde hace más de dos semanas no ha parado de llover. ¡Y de qué manera! Por las mañanas se trata de una lluvia fina, menuda, que cala hasta los huesos. Al mediodía se espesa hasta impedir que pueda verse a cualquiera que se encuentre tan solo a unos pasos. Por la tarde, el aguacero pasa de un tono gris a otro negro y finalmente, por la noche, se mezcla con el brillo aterrador de los blancos relámpagos que desgarran un cielo semejante a un saco de crin.*

*Aunque los primeros años de mi vida discurrieron en estas tierras confieso que este clima húmedo me resulta cada vez más insoportable. En realidad, si el infierno existe —y yo no poseo ninguna razón mínimamente sólida para dudarlo—, tengo la impresión de que no es un lugar ardiente rebosante de llamas y humaredas. Creo más bien que se trata de un lugar parecido a este en el que la lluvia desciende sin cesar impidiendo así que los réprobos puedan ver, entender o descansar. El repiqueteo continuado de las gotas cayendo por toda la eternidad y el progresivo deterioro de los huesos y las*

*articulaciones me parecen más dignos del averno que cualquier hoguera. A decir verdad, sin hogueras yo no podría seguir viviendo en medio de estas gélidas tierras del norte.*

8 *En días así, cuando la fetidez del musgo me golpea las ventanas de la nariz y puedo escuchar los desagradables chillidos de las ratas que arañan techumbres y paredes, de repente siento como si aromas que no he percibido durante años volvieran a envolverme. De manera inesperada, tengo la impresión de encontrarme en medio de los aromas de las balsameras de Galilea, del rumor de los palmerales de Jericó o del murmullo del agua del Jordán. Cuando me sucede eso —mucho menos de lo que yo desearía, lo reconozco—, la mejilla derecha me duele más que nunca, como si se tratara de una quemadura profunda y áspera. Sin poderlo evitar, y mientras inadvertidamente me llevo la mano a ese lado de la cara para acariciarlo, noto que los ojos se me enturbian y entonces le recuerdo, desgarbado y silencioso, como la primera vez que le vi.*

Aquella mañana de primavera relucía con un brillo especial. En el horizonte el sol no se había elevado aún del todo y sus rayos, lejos de abrasar, calentaban suavemente la tierra como si se tratara de un dulce brasero. En momentos como aquel me encontraba lleno de una euforia especialmente plácida. Sentía un deseo profundo de dar saltitos al caminar por las embarradas calles, y de no haber sido por el carácter serio y adusto de mi hermano Edward a buen seguro que me hubiera comportado como ansiaba mi corazón.

Aunque —bien mirado— no tenía motivos sobrados para manifestar ninguna alegría. Apenas un año antes, mi padre, el bueno de William de Beaumont, había pasado «a mejor vida» según la expresión utilizada por el monje Roderick. La verdad es que William no había sido especialmente cariñoso conmigo. Más bien se había manifestado siempre adusto y áspero hasta el punto de que no lograba recordar que me hubiera dirigido nunca una palabra amable. Con todo, su muerte me apenó. Creo que fue así porque era el único lazo que me vinculaba aún con



Eleanor, mi madre, que había fallecido de unas fiebres al poco de nacer yo. Ni siquiera recordaba su rostro, pero me hablaron tanto de su bondad, de su dulzura y de su piedad que más de una noche me había dormido plácidamente pensando en ella.

10 A la muerte de William de Beaumont de buen gusto me habría quedado en las campiñas verdes que formaban su señorío; pero mi hermano mayor, Edward, como pasará a relatar a continuación, se ocupó de que no fuera así. Edward me llevaba no menos de dieciséis años y creo que siempre me consideró una molestia que había llegado tardíamente a la casa de Beaumont para privarle de una parte de su herencia. Sin mi presencia, los pastos, los prados, los dos molinos y los siervos que aún llevaban la argolla al cuello en señal de su condición habrían resultado solo suyos. Conmigo al lado, debería al menos entregarme una parte.

Aunque generalmente aburrido, silencioso y taciturno, Edward también pareció experimentar un cambio con la llegada de la verde primavera. De hecho, se convirtió en un ser más comunicativo e incluso empezó a referirme historias relacionadas con la nueva cruzada que el rey Ricardo, el apodado *Coeur de Lion*, es decir, Corazón de León, libraba en Tierra Santa. Primero cantó las gestas de los caballeros que, pletóricos de arrojo, habían marchado a lejanos lugares para colocar bajo la bandera de la Cristiandad el suelo que pisó Nuestro Señor Jesucristo. Luego comenzó a quejarse de cómo a él le impedía sumarse a tan fieros y valientes guerreros el hecho de ser

un hombre a punto de contraer matrimonio. Finalmente, y mucho más importante, invitó a cenar a nuestra mansión al caballero Marion de Blackstone.

El convidado llegó a casa cuando el crepúsculo teñía de tonos violáceos el horizonte. Aunque mi hermano Edward llevaba más de una semana hablándome de sus muchas cualidades como caballero, de su notable agudeza y de su profundo conocimiento de la cruzada, lo cierto es que al contemplarle quedé un poco decepcionado. Yo me había imaginado a un coloso, fuerte como un roble y robusto como un mastín, y, a fin de cuentas, Marion de Blackstone no se diferenciaba mucho del aspecto, a mi juicio bastante vulgar y corriente, que presentaba mi hermano.

11

Era aproximadamente de su misma edad y mostraba una complexión física semejante. No excesivamente alto y cargado de espaldas, pese a que no había llegado a la ancianidad, al caminar se inclinaba levemente hacia delante. Su pelo lacio y de color castaño oscuro le caía en un cuidado flequillo sobre la frente ocultando a medias unos ojos claros. Dándole palmaditas en la espalda, Edward le condujo hasta la sala donde esperaba la cena, mientras gritaba a voces:

—¡Dick, fíjate en este caballero! ¡Fíjate bien! ¡De hombres como él es de quienes aprenderás lo que tienes que ser en la vida!

Me prometí firmemente hacer caso del consejo de mi hermano, pero —lo confieso con toda la humildad de que soy capaz— no me resultó nada fácil. Aun añadiría más:

si así fue no se debió a culpa o pereza por mi parte. En realidad, cuando Marion tomó asiento y mi hermano comenzó a dar palmadas para que le trajeran vino y yo intenté contemplarle la cara, lo único que conseguí fue marearme. Quizá no podía ser de otra manera. Yo intentaba mirar a Blackstone a los ojos con la esperanza de que me transmitieran cálidamente sus aventuras en Tierra Santa. Deseaba que de ellos brotara la salsa de un relato que pronto comenzó a salirle por la boca. Sin embargo, lejos de arrojar por ellos el fuego de la convicción o el calor del corazón noble que luego he visto en algunas ocasiones, las pupilas de Blackstone eran huidizas y nunca miraban directamente a la cara. En realidad, vagaban por todas partes como si hubieran vislumbrado algo inesperado en un rincón. Así lo creí yo al principio y desviaba la mirada siguiendo la dirección hacia la que apuntaban los ojos del caballero Marion aunque sin lograr descubrir nada de interés. Necesité que pasara un buen rato para darme cuenta al final de que sus ojos no observaban nada en realidad, sino que solo pugnaban por no encontrarse con la mirada de otra persona.

—Está siendo una ocasión realmente gloriosa —dijo Marion con la boca llena de pastel de venado y los ojos dirigidos hacia un lugar perdido de la estancia—. Para empezar, el emperador alemán, ese presuntuoso que pretendía la restauración de Roma, se ahogó al cruzar el torrente Salef...

—¿Que se ahogó? —pregunté yo sorprendido de que monarca tan importante y tan famoso pudiera morir de una manera tan vulgar.

—¡Eso mismo! —contestó conteniendo la risa Marion, mientras diminutos pedacitos del pastel salían despedidos de su boca—. El muy necio se empeñó en cruzar las aguas con toda su armadura. Al principio le iba bien, pero de repente su caballo debió de meter la pezuña en alguna hondonada y se ladeó. ¡Jo, jo, jo! Federico se cayó de la silla con armadura y todo.

—¿Y nadie acudió a socorrerle? —interrumpió con gesto adusto Edward.

—Chillaba como un cerdo, de manera que hubiera sido imposible que alguien no lo hiciera. «¡Que me ahogo, que me ahogo! ¡Ayuda, ayuda!». ¡Jo, jo, jo! Eso gritaba el rey de los cabezas cuadradas.

Marion quiso continuar su relato, pero un acceso de risa le provocó la tos y mi hermano tuvo que comenzar a darle palmadas en la espalda para evitar que se ahogara. Tras vaciar un par de copas de vino, Blackstone continuó su relato.

—La verdad es que otros sirvientes menos torpes podrían haberle servido de ayuda. Si le hubieran agarrado entre tres o cuatro, habrían conseguido sacarle con toda facilidad de la corriente y todo se habría quedado en un susto. Pero no, qué va, unos se pusieron a sujetar el caballo, otros a desenganchar el pie del estribo... Total, cuando quisieron hacer algo útil, la cabeza de Federico llevaba ya un buen tiempo dentro del agua y el infeliz se había ahogado.

—No parece una manera muy adecuada para que muera un rey —dije con hondo pesar.

—En eso tienes razón —respondió con presteza Blackstone—. Si un rey ha de morir debe hacerlo al frente de sus hombres, guiándolos a la victoria y descabezando infieles. Esa sí que es una forma apropiada de pasar al otro mundo.

Y como si quisiera remachar sus palabras, Marion de Blackstone dio un puñetazo sobre la mesa y tendió la copa a la espera de que le sirvieran más vino.

14 —¿Así es como se comporta el rey Ricardo? —interrogó Edward.

—Puedes apostar tu cuello de buen normando a que sí —dijo complacido Marion—. Jamás he contemplado a un caballero tan galante y aguerrido como él. ¡Ah, tendríais que haberle visto combatiendo a los infieles! Recuerdo que en una ocasión se había adelantado guiándonos en la lucha cuando, de repente, se encontró cercado por ellos. Cuando nos percatamos..., cuando nos percatamos..., ejem, tomaría una copa más de este vino y aquella pierna de carnero que hay en la fuente.

Uno de los criados le acercó la carne mientras otro le escanciaba el rojizo líquido en la copa. Marion de Blackstone se aseguró de que esta rebosara, y tras clavar sus mandíbulas en la carne y masticar un poco prosiguió su relato:

—Bueno, como iba diciendo, Ricardo se adelantó, los infieles le rodearon y para cuando los demás nos dimos cuenta le tenían cercado. En torno a él habría ocho, no, diez, quizá incluso quince de esos canallas negruzcos como demonios. Juro por san Brandán que pensé que

no saldría vivo de aquel envite. Pero entonces..., ¡ah!, entonces, el rey Ricardo demostró de lo que era capaz... Comenzó a repartir mandobles a diestro y siniestro, y fue un gusto ver como aquella partida de hijos del infierno retrocedía espantada...

Aunque ya han pasado los años, desde aquella vez mantengo fresco el recuerdo de la impresión que me causaron aquellas palabras. Jamás había visto al rey Ricardo, pero me imaginé a un garrido paladín que, cubierto con una blanca armadura, derribaba con singular habilidad y arrojo a los enemigos de la fe. En aquellos momentos deseé de buena gana haber estado presente en aquel combate y participado, siquiera de lejos, de su gloria.

—Fue un día memorable —dijo Marion, empujándose dentro de la boca el último trozo de carnero—. ¡Vaya si lo fue! Os confieso que me alegro de haber cumplido rápidamente mi misión para poder regresar ya a Tierra Santa con el rey. Claro que eso ha sido cosa de poca monta...

—¿Sería indiscreto preguntaros qué os trajo hasta aquí? —comentó con tono cortés mi hermano Edward.

—En absoluto, buen amigo, en absoluto —respondió con gesto risueño Marion de Blackstone—. Ha sido simplemente una cuestión de fondos. ¡Ah, las guerras, incluso esta que llevamos a cabo para la gloria de Dios, cuestan caras! El rey Ricardo, el monarca que tiene un corazón semejante al de un león, necesitaba dinero y yo vine en su busca. Debo deciros que no me costó mucho encontrarlo.

—Si poseéis el secreto para conseguir plata con tanta facilidad, os agradecería que lo compartierais —comentó un tanto irónicamente mi hermano.

—Sospecho que no me creéis —respondió Marion—, pero fue fácil. Bastó con recordar a los campesinos sajones que no está bien que engorden aquí en Inglaterra mientras los normandos derramamos nuestra sangre en el suelo que pisó Cristo. Por supuesto, también sacudimos las bolsas de los infames judíos para que nos ayuden a recuperar aquel país del que fueron tan justamente expulsados.

16

—Obtendríais buen dinero de los hebreos... —dijo con tono interesado Edward.

—No tanto como pensé en un principio —respondió Blackstone con cierto pesar—. En realidad, los judíos no son tan acaudalados como se cree la gente y, además, como era de esperar, Ricardo ya los esquiló bastante antes de su partida. Pero, en fin, algo sacamos... El rey estará contento cuando le entregue el resultado de mi recaudación.

—¡Ah, Marion, Marion...! —dijo mi hermano con nada oculta satisfacción—. ¡No tengo ninguna duda de que nuestro señor os recompensará largamente por vuestra diligencia! Por lo que se refiere a mí, servíos con generosidad de todo lo que poseo porque ciertamente tenía un enorme deseo de veros.

—Lo mismo me pasaba a mí —contestó con una voz pastosa Marion, mientras miraba para otro lado obligándome a intentar localizar el objeto que reclamaba la atención de sus ojos.

—Quiero que sepas —continuó afable mi hermano, mientras le escanciaba vino en una copa bruñida— que no solo ansiaba invitarte a mi mansión por el placer de escucharte.

Se detuvo por un instante como si estuviera pensando en la mejor manera de expresar lo que deseaba, y a continuación dijo:

—En realidad, si te he hecho llamar ha sido sobre todo por mi hermano Dick.

—Ya... —respondió Marion, mientras, con aspecto de no terminar de entender, echaba mano de la copa que le tendía mi hermano.

—Verás, Marion —continuó mi hermano Edward con gesto de pesadumbre—. Como sabes, nuestro padre, William de Beaumont, falleció y yo, que soy bastante mayor que Dick, debo preocuparme por él...

—Sí, claro, claro —respondió Blackstone, mientras comenzaba a trasegar con su insaciable sed el contenido de la copa y se la presentaba otra vez a Edward a fin de que la llenara de nuevo.

—Naturalmente, muchos en mi situación se contentarían con someter a Dick a una forma de vida que lo convirtiera en una auténtica damisela. Ya sabes... Corte, danzas, más corte, más danzas, rezos de vez en cuando... Sin embargo, tal y como yo lo veo, la sangre guerrera de William de Beaumont corre por sus venas y se le pudrirá si no encuentra pronto con quien medir el acero.

—Sí —respondió Blackstone, que había vaciado nuevamente la copa y estiraba el brazo para que se la



llenaran otra vez—. La sangre se le agusanaría si se quedara aquí. Supongo que puedo hacerte una sugerencia.

—Nada me causaría mayor placer —respondió mi hermano con gesto solemne.

—Bien —dijo Blackstone chasqueando la lengua tras apurar nuevamente el vino—. Si yo fuera el hermano del joven Dick le enviaría a combatir a las órdenes de nuestro sabio rey Ricardo Corazón de León.

18

Mi mandíbula inferior se descolgó al escuchar las palabras que había pronunciado Marion de Blackstone. ¿Yo en Tierra Santa? ¿Yo combatiendo como un caballero bajo el pabellón del rey de Inglaterra? ¿Yo enfrentándome a los infieles en defensa de nuestra fe católica? Sin poderlo evitar, sentí que un calor muy intenso y, a la vez, muy placentero comenzaba a subirme por el cuerpo para quedarse aposentado en la cara y, muy especialmente, en las orejas. Iba a decir que me parecía una magnífica idea, cuando mi hermano Edward intervino rápidamente.

—No sé..., no sé... —dijo con gesto preocupado—. Dick es muy joven... En realidad, no creo que fuera capaz de levantar un mandoble como el que tú utilizas habitualmente y...

Aquellas palabras de Edward me cubrieron de indignación y de vergüenza. ¡Marion de Blackstone estaba ofreciéndome la posibilidad de recorrer mi camino hacia la gloria y mi hermano no tenía otra ocurrencia mejor que la de oponerse!

—Juzgas al muchacho con dureza —respondió Blackstone—. Me atrevería a decir que incluso eres injusto.

Es joven ciertamente, pero creo que podría curtirse en la brega. Ninguno de los caballeros que servimos ahora a las órdenes de Ricardo salimos del vientre de nuestra madre blandiendo una espada. No, mi buen Edward, eso hay que aprenderlo con arrojo y paciencia. Deja en mis manos a Dick y te prometo que este mozalbete se convertirá en lo que tú tanto deseas.

Observé que mi hermano se quedaba pensativo por un instante. Se frotó la barba, primero con la mano derecha y luego con la izquierda, se restregó la nariz con dos dedos, se rascó la cabeza con gesto ensimismado y finalmente dijo:

—Puede que no sea tan mala idea...

—Por supuesto, Edward, por supuesto —dijo con voz cavernosa Marion de Blackstone.

No pude evitar palmotear de alegría al escuchar aquellas palabras. Después de lo que había oído del rey Ricardo, solo podía sentir un deseo profundo, tanto que casi me ahogaba, de combatir bajo su pabellón.

—Sin embargo... —Sentí que el corazón se me encogía al escuchar a Edward pronunciar aquellas palabras—. Sin embargo, bien, no sé cómo decírtelo, pero existe un pequeño problema...

—Sin ceremonias, Edward, sin ceremonias —dijo afable y borracho Marion.

—Así sea —dijo mi hermano—. Bien, lo cierto es que no tengo con qué dotar a mi hermano para que te acompañe. La cosecha no fue buena y... Naturalmente, podría hacerlo si no tuvieras que partir tan pronto, si pudiera

contar con un par de meses al menos; pero ahora... apenas puedo darle más que una espada y un yelmo y, bueno, sí, un caballo, pero no muy fuerte.

—¡Oh, vamos, vamos! —protestó Blackstone, alzando las manos—. No necesita más. Apenas llegue a Tierra Santa se entregará al combate y podrá conquistar enseguida un ajuar como no lo posee ningún caballero normando.

20 Mi hermano guardó silencio mientras yo me preguntaba inquieto cuál sería su decisión final. La verdad es que a mí lo de los pertrechos que tenía que llevar me importaba poco o nada. Como había dicho Marion, que, por cierto, tenía el rostro rojo como la grana, yo también estaba seguro de apoderarme pronto de lo necesario en justa lid contra el infiel. Es más, estaba resuelto a enfrentarme con mi hermano si se atrevía a impedirme disfrutar de un futuro tan prometedor. Clavé los ojos en Edward mientras internamente rezaba para que actuara conforme a mis deseos. De repente, su rostro se distendió, una sonrisa amplia se dibujó en sus labios y tendió la mano a Marion.

—Trato hecho —dijo con voz risueña—, te entrego a mi hermano.

—Trato hecho —respondió Blackstone, estrechando la diestra de mi hermano Edward.

Sentí una inmensa alegría al escuchar aquellas palabras, pero también me encontré abrumado por una enorme sorpresa. Por primera vez en toda la velada los ojos de Marion de Blackstone dejaron de vagar por toda la sala para fijarse, firmes y directos, en la mirada de Edward.